

Democracias occidentales

¿Verdadera democracia?

Los países occidentales se auto-consideran el paradigma de la democracia y se presentan como ejemplo a seguir para el resto del mundo, como el único y verdadero camino que conduce al progreso económico y social. Pero ¿Hasta que punto es real y hasta que punto es mera ficción?

Este paradigma parte de varios supuestos, fundamentalmente el respecto y la protección de las libertades individuales y un sistema político basado en el referendo popular. Se supone que estas bases garantizan la libertad y la existencia de una sociedad justa.

Pero un análisis más pormenorizado revela múltiples contradicciones y un estatus muy lejano de la verdadera democracia, supuestamente garantizada por el sistema.

Un hecho común es la existencia de una constitución, ley fundamental que recoge los principios que la sociedad debe garantizar a los ciudadanos, es decir los derechos de que deben gozar. El primer problema que se presenta es que tales derechos, en realidad, no se garantizan, simplemente se enumeran, pues ni la propia constitución, ni las leyes que la desarrollan, establecen las garantías necesarias para ello. Pongamos un ejemplo: En la Constitución Española, el art. 35 dice que *todos los españoles tienen derecho al trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia*, sin embargo ese derecho no está garantizado en modo alguno, ¡que se lo pregunten si no a los más de tres millones y medio de parados existentes! El artículo 39-1 dice *los poderes públicos aseguran la protección social, económica y jurídica de la familia*, sin embargo este mandato constitucional dista mucho de verse cumplido. Igualmente se consideran derechos la salud y la cultura, a una vivienda digna, pensiones adecuadas y suficiencia económica durante la tercera edad. Y así múltiples derechos.

Pero los derechos se convierten en papel mojado cuando no se tienen recursos para ejercerlos, y en la práctica, en la dura realidad son muchísimas las personas que carecen de los recursos necesarios para cubrir, no ya los derechos enunciados, si no las más elementales necesidades básicas. ¿Donde está pues la democracia que supuestamente debe garantizar estos derechos? Brilla por su ausencia.

En la práctica, el poder político tiene una función real muy distinta de las hermosas imágenes y palabras que se nos hacen llegar. En primer lugar el modelo político deseado por el poder real, el económico, gira

en torno del bipartidismo, constituido por los dos polos tolerados por el sistema: el sector (derecha) que prioriza la libertad económica, equiparando democracia con libre mercado, y el sector cuya función es representar una supuesta izquierda, teóricamente preocupada por la justicia social. Un vaivén político que garantice los beneficios del capital y contente, aunque solo sea de palabra y con vanas esperanzas, al cada vez mayor número de desheredados, evitando que su desesperación encienda su ira. Los ejemplos más o menos cercanos al modelo teórico podemos verlos en los "Republicanos" y "Demócratas" estadounidenses, "Torys" y "Laboristas" ingleses, o PP y PSOE españoles.

Cabe también el modelo que integra un tercer partido de "centro" (ni chicha ni limonada), presto a coaligarse con cualquiera de los dos principales partidos para formar gobierno. Su principal objetivo es ocupar cargos públicos con los que contentar a sus afiliados y obtener beneficios directos o indirectos de su estancia en el poder. Por supuesto la venta de su imagen oculta la realidad y hace hincapié en su equidistancia de los extremos, presentándose como la alternativa más políticamente correcta. Cuestión de marketing.

Para lograr este equilibrio político es evidente la necesidad de crear una imagen vendible y convencer a la gente de su validez. Afortunadamente para el poder económico, único poder real, este objetivo es fácilmente conseguible. Si tiempo atrás se basaba en el claro desequilibrio cultural entre las clases dominantes y las dominadas, más un claro y decidido apoyo de las organizaciones religiosas, hoy y por increíble que parezca la realidad no ha cambiado tanto. En contra de lo que pudiera pensarse el nivel cultural de la sociedad no ha mejorado sensiblemente. Es verdad que hoy el analfabetismo puro es marginal, y es extensa la capacidad de uso de elementos que, como el ordenador o similares, presuponen unos conocimientos mínimos. Pero el analfabetismo funcional está altamente extendido. No es suficiente saber leer y escribir, la capacidad plena solo se consigue entendiendo enteramente lo que se lee, lo cual no es tan extensivo como en principio pudiera creerse.

El peso de la religión sigue siendo un lastre que frena la verdadera libertad. Que el catolicismo controle y condicione la enseñanza en España, que determine la política en Italia o que las religiones americanas coarten el proceso electoral norteamericano son hechos que cuestionan los sistemas democráticos en pleno siglo XXI.

Pero la situación es aun más grave. Todos los medios de comunicación (Radio, Televisión, Prensa) están en manos del capital y por tanto su opinión condicionada a los intereses del mismo. Si a ello añadimos el desarrollo de las técnicas de manipulación de la

opinión pública a lo largo del último siglo, pensar que la expresión del voto es una demostración de democracia es simplemente ingenuo.

Hoy nos encaminamos inexorablemente a un nuevo tipo de feudalismo en el que la figura del noble medieval es sustituida por la corporación económica que usurpa el poder real del estado. Este último es cada vez más una simple figura decorativa, vacía de contenido, a las órdenes del nuevo "señor", las multinacionales.

Este nuevo orden económico y social es refrendado por los políticos de turno que, en un permanente engaño al conjunto social, sientan las bases del nuevo sistema de poder. No es gratuito tanto empeño en el llamado libre comercio. Si nos fijamos veremos que la única libertad que se promueve es la de movimiento de capital y los mismos que la defienden se oponen a la libre circulación de personas (baste ver las medidas cada vez más restrictivas a la inmigración de la UE o de los EUA). En buena lógica si lo que se pretende es la instauración de un mercado único, todas las fuerzas que definen el mercado (también mano de obra y consumidores) deberían tener libertad total de movimiento al igual que el capital. Esta es una clara demostración de cómo los neoliberales mienten como bellacos.

Y es ese "mercado libre" el que favorece que el poder real de los estados sea cada vez más irrelevante. ¿Qué importan las necesidades reales de la población si el estado no puede controlar las acciones de las multinacionales ni tener poder efectivo sobre la economía? ¿Qué importa lo que voten los electores si las grandes corporaciones pueden chantajear a los gobiernos si estos no claudican ante sus exigencias en cuanto a legislación económica?

Y con el derrumbe del poder del estado, se derrumba el poder popular. Las elecciones se convierten en una farsa y la supuesta democracia en una gran mentira.

La democracia solo será real si el ciudadano tiene la capacidad efectiva de ejercer sus derechos, y para ello cuenta con la garantía de disponer de los recursos necesarios. Si esta condición no se cumple, la democracia no existe, digan lo que digan los voceros de turno.